

Laín, los griegos y algunas reflexiones

Cuando, en el año 1975, nosotros los helenistas intentábamos que la reglamentación del Griego en el Bachillerato que por entonces se cocía como continuación y secuela de la Ley General de Educación no fuera demasiado desfavorable, se me ocurrió pedir a don Pedro Laín que interviniera públicamente con algún artículo suyo en la que podríamos llamar la polémica del Griego. No uno sino dos escribió en su página habitual de *Gaceta Ilustrada*. Conservo como oro en paño una copia del original con su dedicatoria.

Este texto de Laín, poco conocido, es sumamente ilustrativo para el que quiera estudiar su posición frente a la cultura griega y su manera de enfocar no sólo ésta, sino todo el fenómeno cultural; incluso, pienso, para su propia biografía intelectual. Me parece oportuno abrir con él estas páginas.

Dos afirmaciones del primer artículo querría destacar: la de que no se puede rebasar el adocenado nivel de «técnico repetidor de técnicas» si no se conoce cómo la propia técnica ha sido elaborada a lo largo de los siglos (él lo decía a propósito de la medicina, pero la generalización es obvia); y la de que las disciplinas humanísticas son el contrapeso necesario de las llamadas científicas, fundándose toda cultura en el «hábito de la bipedestación». En el segundo artículo, con referencia más directa a los griegos, decía Laín que precisamente por haber recibido su herencia somos capaces de vivir en nuestro propio tiempo. Y sigue la cita de Zuribi: «Ocuparnos de los presocráticos... es ocuparnos de nosotros mismos».

No hay estudio profundo de la Ciencia sin estudio profundo de lo humano y viceversa; y en todos los casos hay que partir de los griegos. Laín insiste en que esto ha sido así en casos egregios como los de Planck, Einstein o Heisenberg. Aunque contempla con melancolía la paulatina reducción del estudio de la cultura griega a la categoría de las que en Alemania llaman ciencias-orquídea, lujo suntuoso pero relegado y alejado de los caminos generales del saber. El invita a que ese estudio se continúe pese a todo.

Todo esto me recordaba, cuando lo leí por primera vez, una lectura de Laín ya bien lejana, la de su *Menéndez Pelayo* de 1944, en que exponía el largo periplo del sabio montañés para, a partir de la cultura greco-latina y de su fusión con la cristiana, comprender cada vez más precisa y exactamente la cultura contemporánea. Al período de los *Heterodoxos*, a la condena de las «nieblas hiperbóreas» y de la filosofía cartesiana, sucedió al cabo del tiempo el aprecio de Kant y de la poesía germánica. «Siglo tras siglo llega don Marcelino a la conquista de su tiempo. Nadie es capaz de hacer una obra intelectual en verdad importante si no está, como con insospechada hechura suele decirse, “a la altura de su tiempo”.»¹

¹ Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales. Madrid, Editora Nacional, 1944; p. 247.

En un momento que no era propicio para una reflexión imparcial, vemos a Laín presentando a Menéndez Pelayo como un verdadero griego, un hombre al que más que el punto de partida y el final le interesan «los amenos vergeles o las horribidas fragosidades del camino», como retóricamente se expresa.² Como un verdadero humanista, siempre investigando, siempre superándose, pero arrancando siempre de la vieja sabiduría greco-latina, que había conquistado la verdad natural y la belleza.³ Combinando antigüedad y modernidad, Ciencia y Humanismo.

Y todavía, a riesgo de caer en la insistencia, he de recordar otro escrito, menor quizá, pero ilustrativo, de Laín; un trabajo sobre «Ciencia helénica y Ciencia moderna: la *physis* en el pensamiento griego y en la cosmología postmedieval», que presentó en 1961 en el II Congreso Español de Estudios Clásicos.⁴

Dos cosas llaman la atención en este trabajo. De un lado, la caracterización de la *physis* y el *logos* de los griegos sobre una base más amplia de la que se les da muchas veces. La *physis* o naturaleza, cuya investigación es el comienzo y raíz de toda Ciencia griega —de toda Ciencia— es razonable, es susceptible de ser desvelada —pero es al propio tiempo divina—. Entonces, la escisión entre el hombre, lo divino y lo natural, que es la hazaña de los griegos, fue algo que sólo gradual e históricamente se produjo y no tenemos derecho a proyectar puntos de vista recientes sobre los antiguos ni a comprender aquéllos sin éstos. Esto de un lado. De otro, resulta sintomático y programático el esfuerzo para tender puentes entre el pensamiento griego y el cristiano medieval, con su afirmación de la creación de la nada. Estos puentes existen: sin los griegos nada es comprensible, ni en lo medieval ni, en consecuencia, en sus proyecciones posteriores.

Todas estas coincidencias no son, evidentemente, casuales, sino que revelan una serie de constantes sobre el concepto de historia cultural y el concepto de Ciencia y Humanismo. Aplicándonos ahora como nos aplicamos al estudio de su proyección más directa al estudio del mundo griego, no voy a tratar aquí del libro que es, seguramente, el más importante de Laín como historiador de la medicina, *La Medicina Hipocrática*.⁵ Ciertamente, los capítulos en que relaciona la medicina hipocrática con el estudio de la *physis* y la descripción de la antropología hipocrática podrían servirme para ejemplificar puntos de vista semejantes. Pero la medicina hipocrática es ya una ciencia concreta, «científica» diríamos, y su estudio es algo monográfico que en parte nos aleja de puntos de vista generales: aunque, por supuesto, alumbra uno de los puntos en que los griegos se anticiparon a los modernos, fueron «modernos» antes que éstos.

Desde el punto de vista con que estamos abordando nuestro tema y con vistas a las reflexiones personales nuestras que van a seguir, nos resulta más fecunda una consideración de un libro anterior de Laín, su *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*:⁶ libro original y que, como suele suceder con los libros españoles, ha merecido fuera de nuestras fronteras menos atención de la que debería.

² En op. cit., p. 334.

³ Cf. op. cit., pp. 137 y ss.

⁴ Publicado en las Actas del mismo. Madrid, S.E.E.C., 1964; pp. 153-169.

⁵ Madrid, Revista de Occidente, 1970.

⁶ Madrid, Revista de Occidente, 1958.

Entre los hipocráticos el valor mágico o catártico de la palabra no es citado más que para combatirlo (aunque el *logos* tiene una función de ilustración y persuasión): ello se comprende dado que la nueva medicina busca desechar los antiguos recursos religiosos y mágicos. No hay creación sin rechazo violento de lo anterior, no hay Edipo que no mate a Layo. Por esto quizá precisamente es más notable la pintura que hace Laín del ambiente religioso-cultural en que surgió la hazaña hipocrática, ambiente que siguió vivo después de esa hazaña y sugirió a Platón e incluso a Aristóteles nuevos descubrimientos.

En Platón concretamente, en el *Cármides*, están, según hace ver Laín, las raíces de la moderna medicina psicosomática y aun del psicoanálisis, que han tenido que esperar siglos y siglos y, sin embargo, ya estaban presentidos. Laín explora temas tan sugestivos como la alianza de racionalismo e irracionalismo en Empédocles y Pitágoras, el influjo de la palabra-ensalmo en la retórica de Gorgias y Antifonte, los precedentes del *logos* socrático-platónico, creador de *sophrosyne*, en los rituales en que el ensalmo cura, la relación entre medicina y filosofía, la confluencia de la historia del saber médico, la antropología general y la teoría de la expresión verbal.

Ciertamente, la obra de Laín tiene algunos precedentes en autores como Dodds, Snell y Jäger. Pero esta presentación del ambiente mixto, no segregado todavía, en que germinan y nacen el pensamiento, la literatura y la medicina griegas, no es nada frecuente encontrarla. Y está ahí, presta a dar nuevos frutos al que quiera penetrar en él para profundizar en el origen de la lírica y de la filosofía griega en general. De la Ciencia también, por supuesto.

Y aquí llega el momento de las reflexiones mías que el título anunciaba. Si es criticable —y lo es— el aislamiento del estudio de los distintos campos de la cultura griega y el de ésta y la moderna, y ese aislamiento sucedía ya en un momento en que todavía se daba, en ocasiones, la figura del humanista, ¿qué porvenir tiene ahora una concepción global de la cultura como ésta, una concepción que sólo el humanista de amplios conocimientos y honda sensibilidad histórica puede promover?

Cuando en 1944 leía yo, filólogo apenas salido del cascarón, el libro de Laín sobre Menéndez Pelayo, me irritaba en cierto modo por las limitaciones del polígrafo —usemos la palabra consagrada— santanderino: limitaciones respecto a la cultura moderna en general y en particular respecto a la germánica, por no hablar de la anglosajona. Un filólogo moderno, pensaba yo, debe ser otra cosa. Y sin embargo, ¡qué riqueza de conocimientos, de visión hay en él, si los medimos al nivel de los *standards* a que estamos acostumbrados! ¡Qué capacidad de autocrítica, de enriquecimiento progresivo! Luego siguieron hombres como Menéndez Pidal, Ortega, Zubiri, nuestro Laín, hombres universales si cabe el tópico; y algunos más pueden contarse entre los recientemente muertos y entre los vivos. Pero en términos generales los hombres universales que dominan lo antiguo y lo moderno, las ciencias y las humanidades, se acaban. Ser polígrafo estaba lejos ya de ser un elogio en la Alemania de los tiempos de Menéndez Pelayo: ¡qué diremos ahora! Y sin embargo, nunca es más cierto que ahora que sólo combinando ciencias diferentes pueden surgir chispas renovadoras. El drama es éste: ¿quién es ya capaz de encenderlas? ¿Y de comprenderlas?

Una especialización cada vez mayor, que a veces lleva a extremos de risa (si no fuera

trágica) está llenándonos de menudos, mediocres, pequeños especialistas sin ideas que cultivan parcelas constreñidas por estrechas fronteras. Vamos a tener (tenemos ya) filósofos, arqueólogos, historiadores de la literatura, ¡hasta de la Antigüedad!, que no saben griego ni muchas cosas más. Hacen pequeños trabajos que cuentan en sus *curricula*, que en América computan luego en puntos que valen buenos dólares y aquí cuentan a la hora de las oposiciones y concursos. Al revés, ya hay helenistas que no conocen la literatura castellana y aun no conocen más que una parte mínima de la cultura o de la lengua griega: así son las cosas. El mal es general, éste sí que no respeta fronteras.

Y así sucede que las especialidades son cotos cerrados que la endogamia esteriliza y que nadie lee fuera del campo respectivo (ni a veces dentro tampoco). ¡Qué decir de la relación entre las Ciencias y las Humanidades, entre la Antigüedad y la Modernidad! En fin, si recordamos aquello de Zubiri de que «los griegos somos nosotros» y entendemos esos «griegos» en el sentido de la curiosidad y la creación, de la delectación en el camino de que hablaba Menéndez Pelayo, uno piensa a veces melancólicamente que van quedando pocos griegos.

Porque es claro que surgen siempre inteligencias superiores, creadoras. Pero se ven encorsetadas por especialidades rígidas, que quieren ilusoriamente ofrecerlo todo respecto a sí mismas y alejan de todo lo demás.

En primer año de Facultad un estudiante ha de elegir si ha de hacer Filología, Historia o Filosofía (¡horrenda vivisección!); si va a hacer Filología clásica o inglesa... Sin conocimientos e instrumentos generales, la imaginación creadora no se levanta. Por otra parte, hoy estamos dominados, invadidos, penetrados, por la oleada sociologista y antihistoricista más violenta que en la historia de la Humanidad haya acaecido. Para una cierta mentalidad no ya los griegos, no ya la Edad Media, todo lo anterior al siglo XIX (y aun, dentro de él, todo aquello que no tiene eco en los tópicos de moda), no merece siquiera mencionarse. Todo esto ha tenido eco incluso en planes de estudio de Bachillerato (¡el Griego es una materia del «área de lenguas»!), aunque la sabia inercia del profesorado actúa en este caso como una barrera protectora.

Nunca es más necesaria que ahora, en que cualquier inculto «intelectual» de la última hora cree estar descubriendo cosas descubiertas hace milenios, una vuelta a la historia y, en definitiva, una vuelta a los griegos. Y una vuelta al ideal del hombre culto, que puede ser especialista en tal o cual parcela del saber, pero que aúna ese especialismo con una visión general de la historia del hombre y la cultura.

Pero no quiero insistir en estos quizá vanos lamentos, que me parecen oportunos, sin embargo, en el homenaje a quien como Laín ha sabido encarnar, en su persona y sus escritos, estas ideas y estas exigencias. Querría circunscribirme ahora al campo de los griegos y hacer ver hasta qué extremos un punto de vista que compare aspectos diferentes, estudie los procesos creadores, relacione lo antiguo con la modernidad, es necesario si se quiere que haya un progreso en comprender a esos griegos: lo que viene a ser igual a comprendernos a nosotros mismos, esto se ha dicho ya muchas veces. Por supuesto, habré de contentarme con algunos ejemplos.

Podríamos señalar dos apartados. El primero se refiere a la necesidad de un estudio integrado, global, de la cultura helénica; el segundo, a las relaciones de los griegos con